

Juan Larrea: la utopía melancólica

Marcos Canteli¹

¿Cómo leer la obra de Juan Larrea desde los parámetros del pensamiento reaccionario español? Leer su obra como reaccionaria equivaldría a mutilarla. Leerla como simplemente utópica sería decir muy poco de ella. Este trabajo pretende hacerlo desde la consideración de «utopía melancólica», entendiendo por ello, la configuración del pensamiento utópico que se nutre en la espectralidad de una pérdida. Este concepto abre un ángulo para ver de qué forma elementos regresivos ejercen presión sobre la concepción de un futuro salvífico, permitiendo, de este modo, plantear una instancia reaccionaria en el corazón de una obra declaradamente utópica.

Para ello, he dividido el trabajo en cuatro secciones que pretenden señalar progresivamente el espacio de tensión entre utopía y reacción abierto por la obra de Larrea. En la primera sección doy una visión general de la teoría de Larrea, destacando la especial importancia que dentro de ésta tiene el concepto de videncia. En la segunda, hablo del cambio de orientación temporal de su utopía de América, la cual, a partir de la derrota de la República española, pasará a convertirse en un intento desesperado por completar lo truncado. En la tercera, señalo brevemente la analogía entre la utopía de Larrea y la utopía conservadora para leer en Larrea una voluntad de trascendencia de la política a través de una reteologización de ésta. La última parte se plantea como principio de conclusión de este trabajo.

I. PROFECÍA DE UNA UTOPIA MELANCÓLICA

Así podría resumirse la constante temática que Larrea presenta en libros como *Rendición de Espíritu* (1943), *El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo* (1944) o *Teleología de la Cultura* (1965). En ellos se lleva a cabo el desarrollo de una curiosa teoría según la cual, con la derrota de la Segunda

1 mc41@duke.edu, Department of Romance Studies, Duke University.

República española en 1939, se habría consumado la muerte de Occidente para anunciar el Advenimiento de un Nuevo Mundo en América. En el Nuevo Mundo tendría lugar la Nueva Cultura Universal, el acceso a la Realidad y la Poesía, o «realización del Espíritu», consistente en una superación de los dualismos occidentales (sujeto y objeto, consciente e inconsciente, individualismo y colectivismo, nacionalismo e internacionalismo, etc.). América, por tanto, sería el lugar de la Síntesis y del verdadero Universalismo mediante el cual el hombre alcanzaría su plenitud: será el lugar de la Poesía y la Realidad, concebidas como dimensiones superiores de lo humano. Para lograr el acceso a esta tercera dimensión que supone el Nuevo Mundo, Larrea defiende un método de lectura e interpretación poética de la historia como realización de la cultura, en la firme creencia de que

«[e]n el horizonte de la Cultura reina una lógica que exige el despliegue de una intuición tan constantemente alerta como para cazar al paso cualquier especie de sustancia móvil y hasta efímera, así como sus conexiones con el sistema de realidad que descubre su comportamiento con miras siempre a la síntesis».²

Esta hermenéutica de la historia a través de un entendimiento poético, aproxima el pensamiento de Larrea a la idea rimbaudiana de *videncia*, puesta en práctica por el surrealismo³.

En su libro *El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*, Larrea lleva a cabo una crítica del movimiento basándose en el conflicto irresuelto por los surrealistas entre su ambición teórica y su realización práctica⁴. Si, para Larrea, los surrealistas atisban la presencia de esa «plataforma superior», que caracteriza al Nuevo Mundo, no consiguen conquistarla. Entre las posibilidades abiertas por el surrealismo, con su anunciación del «designio pronunciado por Occidente de *practicar la poesía*»,⁵ y su práctica efectiva se abre, por tanto, un abismo que los surrealistas no supieron o no pudieron salvar. Es por ello que Larrea insiste en que el movimiento ha tenido un carácter preparatorio, cum-

2 J. LARREA, *Teleología de la Cultura*, Los Sesenta, México, 1965, p. 8.

3 La consideración de la poesía como videncia es vital para la articulación de la utopía larreana, dado que, para Larrea, el poeta «parece hallarse conexo a la realidad dinámica de la Historia por cuanto su aptitud responde a la necesidad de inventar aquellos espejismos que instan a hombres y a pueblos a ponerse material o espiritualmente en marcha hacia nuevas obras y confines.» (J. LARREA, *El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*, Cuadernos Americanos, México, 1944, p. 77).

4 La relación de Larrea con el surrealismo ha sido estudiada por DÍAZ DE GUEREÑU, *Juan Larrea: versiones del poeta*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1995, pp. 147-165.

5 J. LARREA, *El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*, cit., p. 5.

pliendo un cometido meramente histórico, para desaparecer a las puertas del Nuevo Mundo encarnado por América. El surrealismo, a través del desarrollo de la videncia, ha vislumbrado una posibilidad de superación de la realidad y ha mostrado el camino hacia esa integración de poesía y vida en que, según Larrea, consistirá el Nuevo Mundo.

2. Tanto en su lectura teleológica de la historia como en su defensa de la videncia, Larrea reclama la fidelidad a un evento que parece situarse siempre en el futuro. El acontecimiento mesiánico de la utopía está siempre, por definición, en el más allá del porvenir, ya que enuncia una posibilidad de configuración alternativa de la realidad existente. Pero ¿y si el evento cuya fidelidad invoca la utopía de Larrea no estuviera situado en el futuro, sino en el pasado? Es decir, que el origen de la utopía de Larrea no obedeciera a una videncia espontánea de un futuro sino a la necesidad de orientar, de forzar, una videncia.

La utopía de América no surge *ex nihilo*⁶. Como observa Juan Manuel Díaz de Guereñu en su artículo «Juan Larrea: Poesía para el Nuevo Mundo», durante años, Larrea había venido persiguiendo una formulación de la videncia que profetizara un más allá como superación de la realidad. En un principio, estas ideas de trascendencia se identificaron fuertemente con el proyecto de la Segunda República, hasta tal punto que en el pensamiento de Larrea «el sentido consciente de su vida personal, interpretable como un poema, es la imagen de la vida de su nación»⁷. En esta etapa, América aún aparece subordinada a un proyecto hispanista, como defensa de la raza, del que la España republicana se hace abanderada. Será la derrota del bando republicano y de su proyecto nacional lo que marque la reescritura parcial de la profecía de Larrea, ya que, según Guereñu, lejos de anular el proyecto encarnado por los ideales republicanos, «la promesa de un Nuevo Mundo inminente sigue en pie, pero ahora el pueblo español sacrificado lo anuncia y la transmigración de su espíritu a América, el exilio, señala su localización y permite su eclosión, que el inconsciente de los pueblos hispánicos está anhelando».⁸ Hay, por tanto, una reorientación de la utopía larrea, para acomodarla a la nueva

6 Sobre el origen de la visión de América y los primeros contactos de Larrea con América ver la biografía de D. BARY, *Larrea: Poesía y Transfiguración*, Planeta, Barcelona, 1976, pp. 75-98.

7 J. M. DÍAZ DE GUEREÑU, «Juan Larrea: Poesía para el Nuevo Mundo», en R. CORRAL, A. SOUTO, J. VALENDER (eds.), *Poesía y exilio: los poetas del exilio español en México*, El Colegio de México, México, 1995, p. 205. El compromiso de Larrea con el proyecto de la República ha sido estudiado por S. FABER, *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975*, Vanderbilt University Press, Nashville, 2002, pp. 120-147.

8 J. M. DÍAZ DE GUEREÑU, «Juan Larrea: Poesía para el Nuevo Mundo», cit., p. 207.

coyuntura histórica y personal, consecuencia de la Guerra Civil y del consiguiente exilio en México.⁹

No en vano, cuando en *El exilio filosófico en América* José Luis Abellán rescata el pensamiento de Larrea lo clasifica dentro de la categoría de «pensamiento delirante», señalando con ello «las formas a veces desafortunadas con que *el trauma del exilio* fue vivido y pensado por algunas mentes privilegiadas».¹⁰ La utopía de América elaborada desde el exilio sería la reacción traumática y compensatoria ante el fracaso político de la República. El evento, objeto de fidelidad por parte de Larrea, no se situaría como horizonte, sino como origen. El fracaso de la República, de esta manera, se convierte en la herida abierta que sangra en cada invocación de la utopía. La invocación obsesiva de un «pueblo español sacrificado», portador de los valores del Nuevo Mundo, hace que el pensamiento de la República se convierta en algo más que un proyecto político para tocar el plano de la trascendencia mítica¹¹. La utopía se articula como intento desesperado y melancólico por prolongar el ideal trascendente que Larrea había asociado a la República, el intento por completar lo incompleto. De ahí que una categoría de «pensamiento delirante», sugerida por Abellán, alcance a describir sólo parcialmente la obra de Larrea porque, si bien toda utopía pudiera ser entendida como forma de delirio, no todo delirio se configura utópicamente o, como sucede en Larrea, como utopía melancólica.

La melancolía, según señala Freud, alude a una pérdida de carácter ideal; se es consciente de la pérdida aunque a veces «no se pueda ver claramente qué es lo que se ha perdido». Frente al duelo, la melancolía desencadena una patología, un proceso de recurrencia *ad infinitum*, pura destrucción. En cuanto a la utopía, ésta consiste en la visualización de una alternativa a la realidad, algo que pertenece al plano de lo posible. Lo que convertiría la utopía de Larrea en melancólica — y no en nostálgica, por ejemplo — es que en su invocación la pérdida aparece siempre soterrada, oculta en su misma evidencia, rondando desde la calidad espectral del mito: la pérdida (el proyecto de una España republicana) es borrada por el anunciamiento de la ganancia, la inminencia del Nuevo Mundo. Paradójicamente, con este gesto la invisibilidad de lo perdido se convierte en su mayor visibilidad. Al concebir la

9 Ibidem, pp. 205-207.

10 J. L. ABELLÁN, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998. p. 26, subrayado mío.

11 Javier Herrero señala la relación entre pensamiento mítico y pensamiento reaccionario destacando que «el movimiento antiilustrado se expresará no mediante argumentos racionales, sino mediante mitos que apelan a las pasiones de las clases reaccionarias» (J. HERRERO, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1971, p. 23).

historia como teleología, la utopía de Larrea pretende negar la espectralidad de lo español afirmando el universalismo como voluntad de trascendencia. España aparece una y otra vez como portadora de un Espíritu que necesita ser inmolado para renacer en el Nuevo Mundo: «Corresponde a España, al pueblo español inmolado, facilitar, rindiendo su verdad, el acceso a ese mundo de civilización verdadera, ser su precursor efectivo e indispensable». ¹² Esta recurrencia al sacrificio, la continua visibilidad fantasmal de la muerte, hace que la utopía se nutra en un elemento residual y que, en definitiva, la espectralidad sea lo fundante.

Si la España republicana encarna los valores de lo universal, en la lectura de Larrea también sucede lo contrario y lo universal sólo parece concebirse como prolongación de la esencia de lo español. En este sentido, la universalidad larreana se condena a sí misma como pensamiento de un residuo identificable con el nacionalismo español: un nacionalismo reaccionario, y, como tal, basado en la invocación de nociones inarticulables, míticas («esencia», «destino común», «espíritu», etc.). Se trataría, en rigor, de un nacionalismo más allá del concepto de nación y más allá de una concreción estatal en cuanto organización política de una territorialidad. Si el proyecto *regeneracionista* de la Generación del 98 buscaba las raíces de la «esencia nacional», «lo castizo» o, el problema de «lo español», en Larrea estos conceptos se naturalizan para buscar una superación. Podría decirse, incluso, que Larrea lleva a cabo una traducción de los planteamientos regeneracionistas al plano de lo universal. La derrota de la República parece suponer dentro de su teoría un fin de la historia asociada a la nación. Larrea interpreta esta derrota como «Apocalipsis», signo inequívoco del fin de un mundo y comienzo de otro. A lo largo de su interpretación, sin embargo, Larrea repite un modelo con antecedentes bien conocidos en la historia española, el de *monarchia universalis*. En *Mater Dolorosa*, José Álvarez Junco señala la ilusión que suscitó la idea de imperio universal durante el reinado de los Reyes Católicos, al asociarse la empresa americana con un completamiento del mundo, y cómo esta idea contribuyó a afianzar el imaginario de una comunidad que empezaba a concebirse a sí misma como nación:

«había llegado la monarquía universal, la culminación de la historia. Los apologetas de Fernando e Isabel profetizaron, como coronación de su feliz reinado, la conquista de Jerusalén, preludio de la venida de Cristo. Pues los imperios, observaron, se movían de Levante a Poniente, de acuerdo con el curso del sol: nacidos en

12 J. LARREA, *Rendición de Espíritu*, 2 vols., Cuadernos Americanos, México, 1943, I, p. 8.

Asiria y Persia, y encarnados sucesivamente en Grecia y Roma, culminaban ahora en España, un *Finis Terrae* que sería también el *Finis Historiae*.»¹³

Frente a la entusiasta visión medievo-renacentista, Larrea, sin embargo, se enfrenta a la deformación de la comunidad tras la crisis radical que supone una guerra civil. Lejos de un completamiento del mundo, se parte de su agotamiento, un agotamiento que, en su apocalipsis, anuncia otro mundo nuevo. Más que de un *Finis Terrae*, su formulación del imperio universal parte del *Finis Historiae*: del momento en que la muerte de la nación es interpretada como la «rendición del Espíritu». Momento, asimismo, en que el concepto de nación exige la elaboración de un concepto alternativo.

3. En su elevación al mito de una España verdadera y truncada por el acontecimiento bélico, en su reivindicación insistente, melancólica, de ésta, el pensamiento de Larrea, paradójicamente, se acerca —podría decirse que desde la orilla opuesta— al gesto de uno de los movimientos paradigmáticos del pensamiento reaccionario español: el carlismo. Como movimiento contrarrevolucionario y legitimista, el carlismo se constituye como reivindicación de los derechos al trono del Infante don Carlos y como intento de la recuperación de un legado resumido en tres puntos: «Dios, Patria, Rey». En principio, por tanto, el ideario carlista está vinculado a la concepción de una religión única (la católica), un espacio (la España perdida) y a una idea de gobierno (la monarquía absolutista representada por el del infante-rey Carlos). Pero estas tres coordenadas pertenecen, desde su origen, a lo perdido, lo cual les concede una dimensión mítica. En este sentido, el lema carlista no alude a una política, sino a algo anterior a ella. Se funda en la ausencia de su posibilidad, nace en el momento en que su negación se ha consumado.

El pensamiento carlista podría ejemplificar perfectamente lo que Karl Mannheim llamó «utopía conservadora». Según explica Ricoeur en *Lectures on Ideology and Utopia*, la «utopía conservadora» de Mannheim sería más bien una forma de contrautopía, la cual, al verse obligada a una justificación constante de sí misma frente a las utopías, terminaría por convertirse en utopía.¹⁴ Lo característico de lo reaccionario sería que «descubre su *idea* después del hecho».¹⁵ La utopía conservadora se funda en una apelación al «espíritu

13 J. ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid, 2001, p. 50.

14 P. RICOEUR, *Lectures on Ideology and Utopia*, George H. Taylor (ed.), Columbia University Press, New York, 1986, p. 278.

15 *Ibidem*; trad. mía, y en adelante.

del pueblo», a la comunidad, a la creencia en un determinismo histórico, la tradición, las raíces; su percepción del tiempo se orienta hacia el pasado, siente la *duración* del pasado en el presente.¹⁶ El carlista que defiende su «verdadera España», no lo hace desde una política sino desde una reivindicación e ideologización de los afectos: «la religión, la tradición familiar, las hazañas carlistas relatadas por sus mayores, un ‘modo de ser’, la sangre o la herencia»¹⁷ son las razones que mueven al carlismo y que lo alimentan a lo largo de sus casi dos siglos de existencia.¹⁸ Pero si el carlismo «descubre su ‘idea’ después del hecho» —es decir, la idea de una comunidad entendida desde el afecto, una vez que ésta ha sido cancelada— ¿no estaría pasando otro tanto en la obra de Larrea? La realización del Nuevo Mundo depende de la actualización de un legado truncado con la muerte de la República. En este sentido, la utopía se revela como duración de ese legado afectivo y pervivencia de la pérdida como sustento de la política.

De acuerdo con la célebre máxima enunciada por Carl Schmitt, «[t]odos los conceptos importantes de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados»,¹⁹ podría leerse la obra de Larrea como una reteologización sistemática y obsesiva de lo secularizado por la política. Cualquier posibilidad de articulación de un proyecto político en su obra consiste en un desplazamiento de la sustancia pensada del plano de los conceptos al de lo mítico (pasar, por ejemplo, de «Segunda República» a «pueblo español inmolado»). Esta operación le permite ganar la suficiente distancia tanto para ejercer una crítica de los sistemas políticos vigentes como para, desde ahí, inmunizar la validez de su utopía política. Cuando Schmitt habla de que «[l]a idea del Estado constitucional moderno triunfó junto con el deísmo, una teología y una metafísica que eliminaron el milagro del mundo»,²⁰ considera el milagro como el equivalente teológico al concepto político de «excepción». La excepción es la marca de la intervención de lo personal en la política —«Soberano es aquél que decide sobre la excepción»,²¹ dirá Schmitt—, una intervención que el Estado moderno rechaza. El pensador reaccionario, según Schmitt, se resiste a no considerar la excepción y la reclama. Larrea, pese a situarse más allá del concepto de Estado al constatar el fracaso de la nación, parece rechazar al igual que éste la excepción y, con ello, la posibilidad del

16 Ibidem, pp. 278-279.

17 J. CANAL, *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Alianza, Madrid, 2000, p. 25.

18 Ibidem, pp. 24-25.

19 C. SCHMITT, *Political Theology. Four Chapters on the Concept of Sovereignty*, Trad. George Schwab, MIT Press, Cambridge, Mass., 1985, p. 36; trad. mía y en adelante.

20 Ibidem, p. 36.

21 Ibidem, p. 5.

milagro en el mundo. Pues sí, como propone Schmitt, desde 1848 «la teoría ha sugerido en diferentes paráfrasis la idea de que todo el poder reside en el *pouvoir constituant* del pueblo, lo cual significa que la noción democrática de legitimidad ha sustituido a la monárquica»,²² es más que evidente que el proyecto republicano, aún en la peculiar interpretación de Larrea, no sólo abraza esta creencia sino que se basa en ella: «*Unidad* objetiva y concreta o realización de la esencia popular del régimen republicano. Lo popular y lo colectivo, el conjunto de los ciudadanos todos, es el único legítimo señor de sí mismo, la única voluntad valedera».²³ Sin embargo, ¿no sería el «Advenimiento del Espíritu» invocado por Larrea, precisamente, la devolución de la excepción y del milagro al mundo? ¿No es su utopía la constatación de una creencia en el *más allá* de una política no secularizada? Libertad, paz, antiimperialismo, Verbo o antibabelismo, universalidad, dinamismo, progreso, espiritualidad, materialidad, unidad, ética, verdad, amor, justicia, derecho, humanismo: son los valores que Larrea rescata en su lectura de la República para su *polis* futura.²⁴ Pero esta polis, en su cualidad sintética, se configura como trascendencia de sí misma:

«*Más allá* en la tierra, más allá en el trabajo, *más allá* en la cultura individual y colectiva, *más allá* en cuanto corresponde al fuero imaginativo del individuo y del grupo. Todo ello forma una unidad característica: el *más allá* en el orden de la polis, de la *ciudad*. El alma de ese conjunto, su tendencia dinámica, puede decirse que era su dimensión mutativa, traslaticia, necesaria para construir la síntesis propia de la *ciudad* o mundo nuevo.»²⁵

Teniendo en cuenta el método de traslación de la esfera conceptual a la mítica en que se basa su política, podría decirse que la obra de Larrea, al negar la excepción para instalarse en su afirmación, propone el bloqueo de la política para afirmar su trascendencia. Una trascendencia que, sin embargo, muere en su paradoja, al convertirse en la regresión al acto soberano, ahora encarnado en el poeta que, en su lectura analógica de la historia, invoca desesperadamente un más allá regido por el Espíritu.

4. La enunciación de la utopía se presenta como un punto de partida. Es la expresión de lo que Mannheim llama «*deseo dominante* [...] algo que

22 Ibidem, p. 51.

23 J. LARREA, *Rendición de Espíritu*, cit., II, p. 237.

24 Ibidem, II, pp. 228-244.

25 Ibidem, II, p. 231.

puede ser retenido como un concepto metodológico si por él entendemos un principio organizador más perceptible que el pensamiento». ²⁶ Es el deseo de un cambio de paradigma. En la utopía que Mannheim toma como modelo, la «utopía milenarista», ese deseo se siente realizable: la utopía supone la inmediatez de un descenso del cielo a la tierra y una ruptura del tiempo al situarse en el presente. ²⁷ La videncia de Larrea quiere ser una ruptura semejante. Sitúa el tiempo en un estado de inminencia, en un *ahora*:

«muchas cosas en la actualidad se conjuran para dar vigencia no a un nuevo mito, estrictamente hablando, sino a la Conciencia poética de la Realidad, literalmente cosmogónica y de distinto género a lo conocido hasta el presente, pues que se perfila más allá de la mente mágico-religiosa, en el recinto lúcido y neodimensional donde —mito y antimito— sueño y realidad se integran. De ella depende la creación del Nuevo Mundo por superación y transfiguración del antiguo.» ²⁸

En su recurrencia hermenéutica, en su ansia por justificar esa inminencia del Nuevo Mundo, Larrea concibe la historia como un proceso teleológico: la narrativiza para anunciar su fin. Su teleologización de la historia, sin embargo, desvela que ese *ahora* depende de una latencia de lo pasado, de su *duración*. La utopía se convierte entonces en el no-lugar de lo pendiente, en un *ahora* que, a su vez, es infinitamente aplazado. Es, por tanto, un deseo que sin saberlo se busca a sí mismo y en esa búsqueda se agota, se reproduce, vuelve al punto de partida. Ronda siempre en lo truncado, otra razón para su melancolía.

26 P. RICOEUR, o. c., p. 274.

27 Ibidem, p. 277.

28 J. LARREA, *El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*, cit., p. 103.

